

CARLOS AQUILINO, 2005-2010

Estados Unidos, China, Turquía, Italia, Grecia, Hungría, España... Quince ciudades repartidas en estos países han podido disfrutar de las obras de Carlos Aquilino en los últimos seis años en los que ha sido invitado a exponer hasta en veinticinco ocasiones. Hoy, por fin, hace escala en Madrid parte de esta obra de recorrido internacional que incluye piezas de fecha muy reciente.

Los que desde hace mucho tiempo seguimos su fructífera trayectoria profesional, no dejamos de asombrarnos de su capacidad ilimitada para realizar obras tan distintas y tan impactantes en su argumento y proyección formal, y no podemos por menos de pensar que la experiencia vital que acumula en sus viajes y la necesidad intrínseca de expresar sus recuerdos y emociones, son las razones de este torrente creador que es Carlos Aquilino.

Cada lienzo se impregna de lo objetivo y lo imaginario que, transformados por la emoción, se convierten en una nueva realidad. Las arquitecturas griegas con sus templos y columnas clásicas o sus muros blancos elevándose y descendiendo de las playas de un azul mediterráneo rompen las reglas de la perspectiva y las proporciones, y atraviesan el espacio virtual bajo el sol ardiente para salirse del lienzo desdoblándose por el marco pintado con fuerza inusitada.

Una majestuosa naturaleza con una potencia arrolladora nos sorprende en la sala contigua. Otra ventana por la que escapar a lo cotidiano sin renunciar a lo real, una vuelta a lo primigenio y lo esencial. Paisajes donde el ser humano es un minúsculo elemento en simbiosis con las plantas reptantes y trepadoras, las verdaderas protagonistas en color y movimiento; nos sentimos abducidos por su bamboleo, donde el verde se retuerce, el añil revolotea en los cielos y el rojo llameante prende los campos amarillos impulsándonos a un mundo legendario de dimensiones míticas.

Esa fogosa vitalidad cambia de sujeto en la siguiente etapa artística. Ante nuestra vista torbellinos de líneas y colores de desenvuelven en espiral por el papel: simpáticos personajes, torsos, piernas, brazos, rostros de gente se entremezclan -en un auténtico *horror vacui*-, con copas, puertas, paredes, montañas, árboles, flores, instrumentos musicales, animales, soles, nubes, coches. Todo objeto o ser imaginable emerge a borbotones a la superficie, serpenteando por ella sin poder escapar. Es el retrato vital de las grandes metrópolis, con su ajeteo, sus carreras al trabajo y su trepidante vida nocturna.

Disfrutemos ahora leyendo los cuadernos de bitácora de un pintor a quien no le importa navegar a contracorriente si con ello alcanza estimulantes y renovadas metas.

María Teresa Cruz Yábar
Profesora de Hª del Arte. UCM.